



(1665); Michel en Bahoruco, Santo Domingo (1719); y en Venezuela a Andresote, campeando por Puerto Cabello y Tucacas (1732); Miguel Luengo, en el Tutú (1747); en Coro a José Leonardo Chirinos (1795) y a Francisco José Pirela en Maracaibo (1779).

Ya hemos dicho que los primeros seres humanos motejados con el apelativo de *cimarrón* fueron los indios aborígenes de las Antillas. Pues bien, el más exitoso alzamiento taíno tuvo lugar en la Española entre 1518 y 1519 —tres años antes de la insurrección de los negros gelofes— y su gestor fue el cacique *Enriquillo*, quien vivía encomendado al español y vecino de San Juan de la Maguana, don Andrés de Valenzuela, junto con varias docenas de sus propios súbditos. Tras quince años de guerra declarada, Enriquillo triunfa sobre los conquistadores (1533) y el cacique dominicano logra obtener la libertad de su gente por la firma del convenio que subscribe con el capitán Barrionuevo. Esta epopeya es analizada por Arturo Peña Batle en su obra *La rebelión del Baoruco*, y el mismo cacique ha pasado a la literatura, alcanzando su más alta cuota en el *Enriquillo*, que su autor, Manuel de Jesús Galván, publica entre 1879-1882.

También los indios figuran en la arriba citada rebelión del Negro Miguel (1555). Rebelión de los mineros de Buría (Barquisimeto) con fuga de Miguel, que forma palanque de indios y negros, que lo nombran su rey, reconociendo por reina a su mujer, Guio-mar, y por príncipe real al hijo de ambos.

Otro caso histórico es el de Bayano, cimarrón que forma un gran palenque entre las montañas de Chepo y Terable (Panamá), fracasando, uno tras otro, todos los intentos que hace la Audiencia por derrotarle. Erigido en «Rey de los Negros» (1553), durante cinco años imperó en la región, hasta que el Gobernador logró llegar a un convenio con Bayano, reconociendo la libertad de su palenque a cambio de no aceptar nuevos cimarrones.

Casi un siglo (1630-1695) resiste invicto el complejo quilombola de Palmares, en Pernambuco (Brasil). En el año de 1646 ya tenía cerca de 6.000 cimarrones. Más tarde se convirtió en una confederación de quilombos, sobre una extensión de 60 leguas se esparcían los mocambos que albergaban más de 20.000 almas. Esta verdadera República Negra de Palmares, estuvo gobernada por una dinastía de reyes, fundada por Ganga-Zumba. En 1694, cuando Palmares fue aplastado por las fuerzas combinadas de Domingo Jorge Velho, Sebastián Díaz y Bernardo Vieira de Melo, gobernaba el rey Gangá-Zumbí —sobrino de Ganga-Zumba—, quien tras ser derrotado fue decapitado y su cabeza entregada al gobernador de Recife, Cayetano de Melo y Castro, el que ordenó colocarla en un poste, «en el lugar más público» de Recife, para atemorizar a los negros que consideraban inmortal al jefe quilombola. No por eso cesaron los negros esclavos en su lucha por alcanzar la ansiada libertad.

El caso de Haití, que culmina triunfalmente, instaurando la primera República Negra del globo y la segunda colonia americana en lograr su independencia, merece capítulo aparte.

El cimarronaje, como contrapartida de la esclavitud y su política deshumanizante, desarrolló una cultura contestataria, potenciando las cosas más simples y dando a todo un sentido revolucionario; y bien sabemos que en ese aspecto hasta la dulce poesía o la alegre canción pueden devenir armas poderosísimas.

Para el negro haitiano lo fue el vudú, religión de la costa de guinea que consta de un riquísimo Olimpo, un cuerpo sacerdotal jerarquizado, una sociedad de fieles, templos, altares, ceremonias y en fin, toda una tradición oral, con su cosmovisión y su teología.

Entre los hougans que desde el siglo XVIII apelaron a sus dioses vuoducos para derrotar a los blancos esclavistas, convirtiéndose en jefes rebeldes, ninguno alcanzó más prestigio y merecida fama que François Macandal. Decía ser un iluminado, inspirado por las divinidades superiores de Africa, y cuya misión sagrada era la de expulsar a los blancos de la colonia y hacer de Saint Domingue un reino independiente de negros. Con una orden suya el veneno corría de casa en casa, la tea incendiaba plantaciones y el ganado era diezmado. Durante cuatro años, los colonos del llano del norte trataron de apoderarse del incontrolable jefe cimarrón, hasta que al fin lo consiguieron ante una imprudencia de Macandal una noche de diciembre de 1757. Conducido al Cabo bajo una fuerte escolta, lo condenaron a ser quemado vivo el 20 de enero de 1758. Siempre había repetido Macandal que los blancos no podían matarlo y que para escapar de sus manos podía transformarse en insecto. El día del suplicio, después de ser encendida la hoguera, se produjo un incidente que causó profunda impresión entre los espectadores. Sea porque el poste cediera, sea por las violentas sacudidas de su cuerpo lamido por las llamas, lo cierto es que de pronto Macandal saltó fuera de la hoguera pronunciando palabras cabalísticas. Se creó un pánico indescriptible. ¡Macandal salvado! ¡Macandal salvado! gritaban los asistentes. Pese a que el condenado fue lanzado nuevamente a las llamas los negros quedaron persuadidos de que el heroico cimarrón no había muerto y reaparecería tarde o temprano para vengar su raza. Tal era la fuerza del vudú como vehículo de la rebeldía de los negros esclavos de Saint Domingue.

La lucha la continuó el rebelde Boukman, un negro esclavo originario de Jamaica muerto heroicamente en 1791. A este le siguió Jean François, quien se hizo llamar generalísimo; y a él se sumó como médico-general y secretario Toussaint-Louverture, aunque poco antes lo había hecho Henri Christophe.

La terrible epopeya de esclavos para fundar un pueblo libre duró trece años. El 1.º de enero de 1804, en la Plaza de Armas de Gonaïves, sobre el altar de la patria, rodeado de sus generales, del ejército vencedor de las tropas napoleónicas y del pueblo, Jean-Jacques Dessalines, el esclavo negro, proclamaba la independencia de Haití. En la Constitución de 1805 Dessalines, el *Fundador*, hizo insertar el siguiente precepto: «Ningún blanco, cualquiera que sea su nación, podrá pisar este territorio a título de amo o de propietario y no podrá en el porvenir adquirir ninguna propiedad».

En Cuba, durante varios siglos, según, afirma el historiador José Luciano Franco, fueron los palenques los únicos signos de la inconformidad con el régimen colonial, la protesta viril contra las infamias de la esclavitud. En 1812 tuvo lugar en Cuba la histórica Conspiración de Aponte —iniciada y dirigida por negros y mulatos libres—, la cual tuvo repercusiones no sólo en el Caribe sino también entre los esclavos del Sur de los Estados Unidos, principalmente en Nueva Orleans, con la participación de blancos progresistas. José Antonio Aponte, negro libre, quería conseguir para Cuba lo que Toussaint-Louverture logró para Santo Domingo. Aponte y ocho de sus principales camaradas fueron condenados a la última pena, siendo descuartizados y expuestos en el puente de Chávez para escarmiento de los esclavos.